

PUD R ETE[®]

AMOR

Por...

H.e.n.r.i.x.z.e

H.a.n.s

PARENTAL

ADVISORY

KEEP OUT

¿PRÓLOGO?

Hola, mi nombre es Henrixze y soy alcohólico. No, mentira, no me llamo Henrixze, pero tampoco les voy a dar mi nombre verdadero porque no se me da la gana. Hoy me llamo como quiero. ¿Acaso yo te pregunto tu nombre? No. ¿Entonces?

En fin. Esto tendría que ser una especie de prólogo, pero como los prólogos me aburren, voy a fabricar una Carta Abierta (siempre me fascinó esta frase, es muy potente, y no jodo. Ya si alguien encara un texto diciendo; Carta Abierta a los productores de Yerba Mate Dietética, suena como muy combativo, pero claro, mis textos tienen menos combate que 100%Lucha, de todos modos se me ocurrió entitular estas breves líneas como Carta Abierta, ¿algún problema? Ah, mejor así) En fin, ¿en qué estaba? Ah, en el prólogo.

Pero, ¿cómo explicar lo inexplicable? Los sentimientos no se pueden explicar y estas páginas virtuales están llenas de sentimentalismo. Los textos que la componen fueron escritos en el transcurso del segundo cuatrimestre de 2007, y como tipo inteligente que soy, me dí cuenta que había un hilo conductor que me permitía recompilarlos a todos en esta especie de antología del dolor. Aunque todavía no sé cuál es ese hilo, sé que está ahí. Buscálo.

Como este recopilatorio por ahora está disponible sólo en mi blog, voy a dedicar todas y cada unas de las letras para los querid@s bloggers que blogean por la blogalaxia. Bueno, para aquellos internectuales que se lo descarguen, para los otros ni gracias ni ocho cuartos. Sepan que sin ustedes soy un tipo realmente feliz, la onda es que no quiero ser feliz. Quiero ser rico. Así que si desean donarme algo ya saben donde encontrarme. No acepto patacones. CHAU.

Blog: www.soyinternectual.blogspot.com

Mail: sonnykunp@hotmail.com

Esto tendría que estar dedicado a ella.
Pero como no sabe leer, y en el caso de que supiera no me leería,
entonces va dedicado a vos.

I

—Mi amor, te digo que tengo talento, confiá en mí. Si me prestaras atención te darías cuenta que soy una obra de arte viviente, y como toda obra de arte, tarde pero seguro me transformaré en oro puro. Porque tengo talento, la cuestión es que no quiere salir, pero lo tengo... ¿hola? ¿estás ahí?

—¿Me hablabas?

—Nada, te decía que te fueras a la re putísima madre que te re mil parió, hija de una gran fábrica de putas...

—Ok, a las 4 entonces, ¿llevo algo?

—Vaselina.

—¿Y para comer?

—Una tarta de mondongo estaría bien...

—Ok.

—Bueno...

—...

—En fin, nena, ¿te querés casar conmigo?

—Si estamos divorciados.

—Ah, cierto... ¿Y cojer?

—¿Ya aprendiste cómo se hace?

—No.

—Entonces paso.

—Bueno...

—Ok.

—Feliz Navidad.

—Si hoy no fuera 9 de Julio te diría gracias...

—Bue, che, ponéle un poco de imaginación a la vida, sino...

—No tengo tiempo para desperdiciar, no soy como vos.

—Y tampoco tenés talento.

—Y vos no tenés trabajo.

—Pero tengo talento, no puedo tener las dos cosas juntas.

—Ok, como digas...

—En fin, te quiero mucho, nena...

—Yo no.

—¿No te querés?

—No te quiero a vos.

—Ah, eso es lo de menos. Mañana a las 4 en el Registro Civil, ¿te parece?

—Si ves que son las ocho y todavía no llegué, arrancá sin mí.

—Bueno... en fin, que te cojan...

—En eso estaba, hasta que sonó el teléfono...

—Siempre algún idiota en el momento menos indicado.

—Y siempre ese idiota tiene el mismo nombre... Quizá lo conozcas...

—Ah, no me interesan tus aventuras sexuales, sino no te hubiera dejado.

—Si yo te dejé a vos.

—Eso es lo que vos creés...

—Bueno, nene, como quieras...

—Y ya que entramos en confianza, me olvidaba de decirte que te clavé las guampas un par de veces...

—Ya lo sabía.

—¿Cómo te enteraste?

—Porque trabajé en el mismo puterío que vos frecuentabas los miércoles y los sábados. Los miércoles ibas a las 22 hs, y los sábados a las 24 hs. Los miércoles elegías a Clarisa y los sábados a Pamelita.

—¡Lo sabía! Nunca me creí eso de que cuidabas viejitos por las noches. Debe ser feo trabajar de limpieza en un cabarulo.

—No trabajaba de limpieza, mi cuchi.

—Ah, no me importa tu vida laboral.

—Ok.

—Bueno... ¿qué estabas haciendo?

—Te dije que estaba cojiendo.

—Mandáale mi más sentido pésame a tu marido.

—No con mi marido.

—No me digas que tenés un amante.

—Tres.

—Faaa, ¿y alguno te hace feliz?

—Menos vos, todos, si hasta me regalan peluches.

—Con una bomba adentro.

—No sé, no los revisé.

—En fin... En 15 minutos en la Iglesia, te va a quedar hermoso el vestido blanco, porque sos un ángel.

—Ay, qué tierno.

—Y eso que no viste como fajo a mi esposa.

—¿Te casaste?

—Con tu hermana, ¿no te acordás?

—Ah, cierto. ¿Y la amás?

—Por supuesto que no, por eso me casé.

—Claro...

—Y sí...

—Bue, te dejo porque a mi chongo se le está bajando el efecto del Viagra. Después cuesta levantar esta cosa... Bah, qué te cuento a vos si sos un experto en no levantar ni siquiera la copa para brindar en Navidad.

—Eso te pasa por engancharte con eunucos.

—No te preocupes que vos siempre serás el primero y el único.

—Ay, gracias, te amo... ¿Tomamos un helado?

—No puedo, tengo la boca ocupada.

—Ah, cierto. Bueno, nos vemos.

—Te odio, nene.

—Y yo a vos.

—Pero yo más.

—No, yo más.

—Bueno vos más.

—No, vos más.

—Nos vemos, lindo, y no me llames más.

—Nos vemos, dulzura inmundita, y bañate que no me gusta el olor a leche condensada.

—Ok, chauchi.

—Chau.
—Cortá.
—No, cortá vos...
—...
—¿Hola?... ¿Hola?... ¿iMe cortaste hija de una gran puta!?

~~Excupido~~

Aún persiste tu flecha atravesando mi pecho. Y se pone dolorosa la cosa de todos modos, pues si intento quitarla, tomándola de la punta y tirando hacia afuera, el dolor es tan intenso que desvanezco, y al despertar, la encuentro aún más penetrante que antes. Entonces la dejo, inmóvil, y aparento que no está. Sólo cuando late el corazón me percató que hay una flecha incrustada en todo mi ser. Una flecha que supo llamarse amor y que ahora contiene tus recuerdos. Y así salgo a la vida, tratando de disimularla y fingiendo que no existe más dolor que el de la carne quemada. Por momentos decido conservarla como un adorno más, con la esperanza de que algún día se disuelva por sí sola y mi cuerpo recupere la liviandad. No me preocupa el dolor, sólo duele. Lo que me inquieta, y hiere más que la herida misma, es notar que a cada rato la punta sale por distintos lados. Dicen que si sale por la espalda significa amor. Yo digo que si aparece por delante significa traición. Ninguna de las dos alternativas me convence, porque ambas me duelen.

II

—Hola, querida, ¿cómo arrancaste el día?
—Son las 3 de la mañana, qué decís...
—Ah, pensé que estaba nublado nomás.
—¿Cómo se te ocurre llamarme y encima a estas horas?
—Porque te amo.
—¿Y?
—Y además me siento mal.
—Tomáte un Uvasal, qué sé yo...
—Mal del espíritu, idiota.
—Ah, ¿tenés uno?
—Sí, ¿vos?
—No, creo que lo dejé en tu casa.
—Entonces perdiste, porque la prendí fuego.
—Era una metáfora, tonto...
—Lo mío no.
—¿Incendiaste tu casa como venías prometiendo desde hace, uf, como cinco años?
—Sí.
—¿Y adónde estás ahora?
—No sé, en otra.

—Ah...

—Bueno...

—Voy a seguir durmiendo, y no me llamés más.

—¿Estabas durmiendo?

—A estas horas la mayoría de las personas normales suelen dormir.

—Ah, ¿te considerás persona, y encima normal? ¿Cuándo te recibiste?

—El día que te dejé.

—Ah...

—Bueno...

—¿Sabés qué?... Estuve pensando en suicidarme.

—Ajá... ¿y a mí qué?

—Nada, eso.

—Bueno, dejá de pensar tanto que hace mal, a veces es mejor actuar.

—Sí, ¿no?

—Y sí, tanta teoría aburre.

—¿Vendrías a mi velatorio?

—Si ese día no tengo clases de yoga, voy. ¿Lo tendría que pagar yo?

—Obvio que sí.

—Tratá que sea a fin de mes por lo menos.

—Y vos tratá que no me entierren muy profundo porque sabés que tengo claustrofobia.

—Ok. ¿Va a estar tu esposa?

—Claro que no. A ella la voy a matar antes de suicidarme, para no dejarla sufriendo, viste...

—¿Y a tus hijos?

—No son míos, son del verdulero, igual te los dejo a vos.

—No gracias, yo ya tengo dos.

—Y uno es mío.

—Ya te dije mil veces que no. El chico es inteligente, guapo, responsable, o sea, tu antítesis. Además vos sos estéril, creo que ya lo sabés.

—Pero no impotente.

—Bueno, entre el tamaño de tu miembro y ser impotente no hay mucha diferencia que digamos.

—Pero no impotente.

—Ok, no sos impotente. ¿Y ese ruido?

—Es que llegaron los dueños de casa.

—¿Adónde estás?

—En una casa que encontré por ahí... Me voy. En cuanto me suicide te aviso.

—Te dije que no me llamas más...

~~-Teoría de tu caos-~~

Conseguíte un macho, sí, un macho, y a mí dejá de romperme las pelotas. Un guacho polenta, un guapo de aquellos, nada de bohemios, poetas, artistas, intelectuales o idealistas. Nada de vagos. Uno responsable y cumplidor, como te gustan a vos. De esos que van del trabajo a casa y de casa al trabajo. A veces con

una flor, y otras con una hemorroide letal. No es tan difícil, vamos, sos hermosa, podés conseguirlo; fotografiá tu alrededor, elegí y ya está, palo y a la bolsa. Todos los hombres tienen un precio y la mayoría está de oferta, así que no le temas a la soledad. Un macho, eso es lo que necesitás ahora que sos toda una dama de hierro. Uno que sea bien pijudo y tenga las pelotas bien puestas, tan bien puestas que sepa no quejarse de nada y se calle la boquita mientras se lo cojen en el trabajo. Uno que no proteste, no cuestione, no blasfeme, no idealice, no critique, no piense, no sienta y no se preocupe por su estúpida y efímera existencia. En definitiva, uno como vos. Uno que trabaje de lunes a viernes, las suficientes horas como para que no esté encima tuyo todo el día tal perro faldero, porque si quisieras uno ya te hubieses comprado otro. Uno que le sobre el tiempo necesario para escuchar tu desahogo, tus crisis, ya sea por teléfono o personalmente, da igual, con tal de que no te traiga problemas y finja que te escucha, está todo más que bien. O mejor uno que te lleve a vivir con él y te regale los primeros meses más rosas de tu vida a cambio de que le prepares la comida, le laves los calzoncillos, le planches la camisa, no le insultes a su mamá, y todo de por vida, día tras día. Con tal de que no te traiga problemas. Con tal de que sea responsable. Lo importante es encontrarse noche tras noche en la misma mesa, y no te preocupes, en la primera etapa de tan lindo romance quizá hasta te prepare la cena o te lleve a comer afuera, en la segunda tal vez elogie tu comida y lave los platos, y en la tercera agradecé si eructa alguna que otra vez, porque significa que tus milanesas le gustaron casi tanto como las de su mamita. En la cuarta, jodéte, hay muchos canales de televisión que comprenderán tu insignificancia. El tema es estar juntos aunque sea dos horas diarias para hablar de sus trabajitos y competir por ver quien la pasa peor. Sí, uno de esos te conviene. Uno que no moleste. Que los sábados a la mañana los utilice para lavar su auto, mientras vos metés las medias sucias en el lavarropas. Uno que a la tarde, tras la siestita, te lleve a pasear y a comprar, no sé, más pares de medias y alguna que otra estupidez para adornar tu cuerpo. Lo que importa es gastar, invertir, para eso trabajan como mulos, ¿o no? Uno que a la noche te lleve al cine a ver Duro de Matar, Terminator o Rambo, y a veces se atreva con alguna de amor, o de Disney, da igual. Uno que los domingos te los deje libres mientras él mira todos y cada uno de los partiditos con amigos y cervezas. Total, por la noche, cuando termine Fútbol de Primera, te va a mentir diciendo que estás hermosa, te va a dar masa por diez minutos y luego ambos a dormir que mañana será otro día. Sí, un macho, querida. Uno que tras una discusión resuelva todo llevándote de shopping. Uno con ambiciones tan altas como los descuentos, los préstamos, los créditos, los plazos fijos, los intereses. Uno que se emocione con la moda, los celulares, los plasmas, los autos, las ruedas de los autos, y la mierda que haya adentro de las ruedas de los autos. Vas a conseguir un buen macho, no lo dudes, te veo futuro. Un robot sin dolor que estará ahí para tratarte bien, sonreírte, adularte e invitarte a los lugares más caros y exclusivos. Todo hasta que te consiga, o lo diviertas, o le excites el miembro. Una vez que se aburra, o te aburras, jodéte; jodéte y tratá de hacer algo para no perderlo. Nunca te olvides que todos somos desechables, yo soy tu claro ejemplo. Vos sos mi claro ejemplo. ¿Duro? No, mi amor, esto es real. Así es la vida. Así va a ser tu estúpida e insignificante vida; ¿vos no querías ser normal, como todos? Ahí tenés una patada de normalidad en tu puta cara anormal. Exagerado, pesimista, me dirías si estuvieses acá. Puede ser, pero sabés qué, el tiempo me dará la razón, siempre me la da, por eso vivo tan sonriente. Cada cual escoge lo que

quiere, lo que se le plazca, la cuestión, en este supermercado de mierda, es no irse con las manos vacías, así que, aprovecharé las ofertas, mi amor.

III

—¿Nena, la encontraste?

—¿Quién habla?

—Yo, quién va a ser...

—Puede ser Marcos, Francisco, Ernesto, Agustín, Tomás, Ezequiel, Carlitos, Ramón, Osvaldo, el chico del gym que no sé como se llama, el Tata, que nunca me dijo su nombre real, Carola la travesti, mi marido, mi cuñado, el cuñado de mi cuñado, Edesur, Telefónica, Multicanal, maaa, qué se yo...

—Te faltó mi nombre.

—¿Y tu nombre era?

—Hijo de puta.

—Ahora me acuerdo. ¿Cómo andás, mi amor?

—Mal, sino no te estaría llamando.

—Claro.

—Y, sí...

—Bueno, ¿ya estás mejor?

—No.

—¿Y ahora?

—Un poco.

—¿Y ahora?

—Peor que cuando dije *un poco*.

—Bueno.

—En fin... Lindo día.

—¿Para qué me llamaste?

—Yo no te llamé.

—¿Ah, no?

—No. Estaba aburrido y me puse a marcar unos números y como siempre apareciste vos para romperme las pelotas. ¿En qué estabas?

—¿En qué te parece?

—Cojiendo.

—Y claro. Tengo que aprovechar el tiempo perdido con vos.

—Bien que gritabas.

—Al ver una película de terror también grito.

—Y cuando te mirás al espejo.

—También.

—En fin... ¿Vamos al cine?

—Podría ser, están dando una película con la que capaz te sientas identificado. Los Rompebolas se llama.

—Bah, no me gusta el cine comercial.

—¿Hay algo en esta vida que te guste?

—Contemplarte mientras dormís.

—Ay, qué tierno.

—Dormida parecés un cadáver, y la única mujer buena es la mujer muerta.

—Guau, ¿te volviste poeta?

—No me insultes que yo no te falto el respeto.

—Te amo.

—Yo no.

—No te lo decía a vos.

—¿Con quién estás?

—Con dos somalíes que encontré en la plaza.

—¿Y la tienen grande?

—Flácida es más alta que vos con zapatos de taco.

—Uf... Eso debe doler, claro, a una mujer decente. ¿Y en qué estaban, che?

—Jugando al truco.

—Al truco de hacerles creer que sabés chupar.

—Y se la deben haber creído nomás, porque me pidieron otra ronda sin insultarme.

—Sí, los somalíes suelen ser muy confiados, por eso les va como les va.

—¿Y cómo les va?

—Ah, yo qué sé, no me encamo con negros, por los menos cuando estoy sobrio.

—Bueno nene, te dejo porque me están deleitando con un cunningulus y creo que voy a desmayarme.

—¿Ahora resulta que sabés francés?

—Es latín. Pero qué puedo pedir de vos, si nunca fuiste bueno en la práctica menos vas a serlo en la teoría.

—Pero bien que gritabas.

—Pidiendo auxilio.

—Bueno, sí... ¿la encontraste?

—Si encontré qué.

—Mi dignidad. Estoy seguro que te la llevaste el día que me dejaste. Fijáte entre las gambas, ahí debe estar la mía y la de toda la humanidad.

—¿Tenías?

—Sí, y era importada.

—Pero con poco uso.

—Más que tu cerebro la usé.

—Ok, ahora le digo a los somalíes que revisen a ver si encuentran algo que se parezca a tu dignidad.

—Prestáles una linterna.

—Bueno, si la encuentro te la mando por correo. Si vos encontrás la mía también hacéme el favor de devolvérmela.

—Acá no la dejaste, estoy seguro, yo te conocí sin dignidad... ¡Ah no, acá está!

—¿Mi dignidad?

—No, la mía.

—¿Y adónde estaba, en las cloacas?

—No, acá.

—¿Adónde?

—....

—¿Hola? ¿Hola?... ¡Hijo de puta!

Beauté.

Sos mi pierna amputada. Mi brazo quebrado. Mis dientes rotos. Mi lóbulo salido de lugar. Mi oreja arrancada. Mi lengua mordida. Mi vómito lleno de tripas. Mi nariz con cocaína. Mi estómago derretido en ácido. Las cicatrices de mi piel. Las venas enredadas en mi pija. Los dedos de mis pies en la boca. Los de la mano en el culo. Sos mi fractura expuesta. Mi cara mirando al sur. Mi cuerpo contemplando al norte. Mi masa encefálica devorada por hormigas. Sos mi suicidio. Soy tu belleza.

IV

—Pasáme con Tomy que lo quiero saludar por su cumple.
—¿Qué Tomy?
—Mi hijo, nena.
—Primero en principal, no se llama Tomy, es Matías. Segundo, no es tu hijo, y tercero y último, hoy no es su cumpleaños, fue hace 3 meses.
—¿Estás segura?
—Mirá, mi amor, para procrear un hijo hace falta que hembra-macho fornicen, cojan, culeen, hagan el amor, como quieras decirle. Nosotros hace dos años que no nos vemos y Matías tiene un año...
—Te preguntaba si estabas segura que hoy no era su cumpleaños. Yo tengo anotado el 3 de Diciembre...
—El 3 de Diciembre es tu cumpleaños, tonto.
—¿Ah, sí?
—Sí.
—¿Y por qué no me llamaste? Yo te llamé para el tuyo.
—Ni siquiera cuando estábamos casados me llamabas, ¿qué decís?
—Yo te llamaba, pero siempre daba ocupado, seguro que estabas soplando la velita por ahí...
—Bueno, feliz cumpleaños.
—Sabés que no me gusta que me saluden para mi cumpleaños, cumplir años es un año menos de vida, y que te saluden es lo mismo que te digan, *vamos que te queda poco*.
—Estás loco, ¿lo sabías?
—Y por eso me amás.
—Yo no te amo.
—Claro, claro, ¿y por qué atendiste el teléfono?
—Porque sonaba.
—Y porque me amás.
—Bueno, sí, como quieras...
—En fin... ¿en qué estabas?
—Me imagino que ya lo sabés.
—La verdad que no me interesa en que andabas, por algo sos mi ex. Sólo llamaba para hablar con Tomy.
—Te dije que se llama Matías, y tiene un año, así que mucho nos vas a poder hablar.

—Seguro que más palabras que vos sabe, y hasta las pronuncia mejor. No como si tuviese una verga en la boca.

—Es que la tengo.

—¿No estabas a dieta?

—A dieta de estúpidos.

—Entonces divorciáte de tu marido.

—Ya me divorcié de uno.

—Y bien que te arrepentiste.

—No conozco a nadie que se arrepiente luego de tirar la cadena del inodoro.

—¿Es una metáfora?

—¿Qué te parece?

—Una mierda.

—Bueno, te dejo porque me tengo que ir a lavar los dientes.

—La última vez que te vi ya no te quedaban.

—Porque me los bajaste de un trompazo.

—¡Ay, qué épocas! ¿Te acordás?

—Sólo cuando cago.

—¿Es otra metáfora?

—No, es la verdad.

—En fin... ¿vamos a caminar a la Costanera?

—¿Así me tirás al río?

—Si te quisiera tirar te llevo a pasear por el Riachuelo. Cada cual tiene el río que se merece.

—Bueno, lo pienso y dentro de cuatro o cinco décadas te llamo, ¿sí?

—Para ese entonces vas a tener las tetas por las rodillas y no sé si me vas a gustar. Aprovechá ahora, no dejés pasar el tren.

—No me gusta viajar en tren.

—Vos te lo perdés, hasta las nubes te podría haber llevado.

—Y de paso te las fumabas a todas.

—No hablés así, ya dejé esa porquería.

—¿Adónde?

—Eso es lo que quisiera saber, hace dos días que la estoy buscando.

—Ok, que tengas un buen día.

—Vos no. Ojalá que tengas el peor día de tu vida.

—Y lo estoy teniendo en este momento.

—Viste mi amor que mis deseos siempre se cumplen.

—...

~~Dedos.teclas.dedos.teclas.teclas.dedos.tec...~~

¿Te llamo o no te llamo?

Mil veces me prometí nunca más hacerlo. Dejar que los restos de la relación fluyan y se disuelvan como tiene que suceder. Pero no sé, esta noche me siento otro idiota del montón y tengo la imperiosa necesidad de escuchar tu voz. De saber cómo anda tu vida y todo eso. Me doy asco, pero es así. Fijáte que hasta mi texto parece salido

del diario íntimo de una adolescente. Qué le vamos a hacer. Y eso que todavía no te conté lo que hago mientras escribo mis penosas líneas. Me da vergüenza.

¿Sabés qué es?

Voy hasta el teléfono y me detengo junto a él; lo miro y pienso, ¿la llamo?... Sí, la llamo. La cuestión es que mis dedos no me responden y se niegan a pegarle a los números. Ahí empieza la inocua batalla entre mis malditos dedos y todo mi otro ser. Los mismos dedos que alguna vez escalaron las montañas de tu figura y que otras tantas te señalaron la puerta de salida, hoy no te reconocen. Mi ser, que está curtido de subsistir sin tu presencia, te extraña porque ahora mismo no tiene ganas de ejercitar la supervivencia. Y mi cerebro, el más grande de mis grandes enemigos, dice tantas cosas en contra tuyo y a favor mío que me termina mareando. Me siento y escribo esto.

Miro de reojo hacia el teléfono, y deseo que suene y que seas vos. Cosa que me alegraría en parte, por lo menos hasta escuchar tu <hola>, después de tu *hola* me pondría loco, irritablemente loco porque la última vez que nos vimos te ordené que nunca más me llamaras. De mientras, el reloj avanza y el tiempo se acorta.

3,

2,

1...

La hora límite está llegando. Tengo bien en claro que después de las doce de la noche no atiende nadie en tu casa. Debo decidirme ya. ¿La llamo? Vuelvo hasta el teléfono, enciendo la punta de mi único aliado y pienso sobre lo que te voy a decir. Alguna excusa se me ocurrirá. Mis dedos desobedientes todavía se reniegan, aunque cada vez están más cerca de las inservibles teclas que sólo sirven para acortar nuestras distancias.

Nada, te llamaba para saber como andabas...

Mentira. Desde tu punto de vista yo nunca me preocupé por vos, entonces, por qué iría de hacerlo justo ahora.

Nada, te llamaba porque me siento absolutamente solo, vacío, y triste...

¿Acaso no padezco dichos trastornos todos los días? La pose de víctima dejó de estar de moda, idiota.

Nada, te llamaba porque acabo de cortarme las venas y todavía falta un rato para que me haga efecto. No te preocupes, no es culpa tuya. Aunque si hubieses estado acá, mi sangre no estaría bañando el piso y yo no me sentiría nauseabundo y debilitado...

¿Y si me responde con indiferencia? ¿Ahí qué hago, aparte de cortarme las otras venas? La podría invitar a mi casa, y apenas atraviesa la puerta incrustarle el mismo mugriento puñal... Mejor no la llamo una mierda, que llame ella si está tan preocupada.

Pero si sos vos el que está preocupado.

No estoy preocupado, me siento mal, es distinto.

Bueno, hacé lo que quieras, pero apuráte porque así vas a perder otra noche. Ya la perdiste a ella, ¿ahora querés perder todas y cada una de las noches siguientes? Y después qué, ¿te vas a dedicar a perder los días? Si ese es tu objetivo, ¿por qué no te pegás un tiro de una vez por todas?

Mejor me preparo un café.

Vuelvo con la taza. Habré perdido unos cinco minutos, no es mucho, comparado con esta indecisión de llamar que me carcome hace casi dos meses. Me detengo junto al teléfono, estoy decidido. Tan decidido que ya marqué los primeros cuatro dígitos. De mientras voy pensando que si tengo la necesidad de escuchar su voz hubiese grabado nuestras charlas y listo. Se solucionaría poniendo la cinta en el reproductor y ahí estaría ella.

Qué gracioso, con razón te va tan bien a vos.

Me falta un número, y ahí me detengo. ¿De verdad tengo ganas de escuchar su voz? ¿Empezar con lo mismo de siempre? Reproches, silencios, reproches, silencios, silencios, silencios, reproches. No somos muy originales a la hora de la verdad. Mejor no. Después, a los diez segundos de la charla ya estoy arrepentido y me pregunto para qué mierda la llamé. ¿Para esto? ¿Para escuchar; *sos vos el que me dejó?*...

Bueno, 'esto' es mejor que estar solo, ¿no te parece?

¡Yo que sé lo que me parece!

Lo que sí tengo bien en claro es que escribir este texto un poco que me calmó las ansias. Está bien, no es una obra de arte, es más, creo que es la basura más grande que escribí en mi basurera vida, pero me ayudó. A algunos le ayuda el alcohol, a otros las drogas, y a otros las tres cosas juntas. Qué importa. Eso sí, releo cada línea y me dan ganas de vomitar, por mi falta de originalidad, de buen gusto, ¿escribiendo así quiero ser escritor? Todo por culpa de ella, otra vez, como siempre, que me roba hasta el ingenio, si es que alguna vez lo he conocido. No importa, me ayudó y punto. Repito; escribir esta mierda llena de sentimientos me ayudó. Por lo menos pasaron de ser la doce y ya no tengo la necesidad de mirar el teléfono. Otra noche solitaria. Otra noche ileso...

Suena el teléfono.

Las doce y diez. No creo que sea ella. Y espero que no sea ella porque hoy no tengo muchas ganas de hablar.

V

—Hace tres días que no duermo, nena, ayudáme.

—¿Hola, cómo andás?

—No seas maleducada, te estoy hablando.

—La gente suele saludar antes de empezar a hablar.

—Eso cuando hay alguien interesante del otro lado, yo estoy hablando con vos nomás...

—Bueno, ¿qué querés?

—¿No escuchás cuando te hablo? No me hagás repetir las cosas que me agito.

—Ay, Dios...

—No metas a Dios en esto.

—¿Ahora robás frases también?

—No me cambiés de tema, dále, ayudáme...

—¿Por qué no le pedís a tu esposa?

—Porque está durmiendo.

—Y despertála.

—Durmiendo con otro. Me dijo que se iba a cuidar a una tía enferma, pero esa ya no me la creo, gracias a vos descubrí que no se puede confiar en ninguna mujer.

—Bueno, yo también estaba durmiendo.

—Pero vos no perdés nada.

—Nene, sabés qué, me estás pudriendo.

—Mientras no pueda dormir no voy a dejar de molestarte.

—¿Por qué no vas a un psicólogo?

—¿Por qué no vas vos?

—Porque me dio de alta cuando te dejé.

—Ah, cierto, fue el mismo día que le rompí el parabrisas del auto.

—Eso fue al psiquiatra.

—¿También fuiste al psiquiatra? Vos sí que estabas al pedo.

—Por vos conocí todas las profesiones humillantes, hasta el proctólogo.

—Qué felices que éramos en ese entonces, como pasa el tiempo. Un cura te faltó visitar.

—La vez que me dejaste durmiendo afuera tuve que pasar la noche en una iglesia...

—Ah, no aburras...

—Y hablé con uno.

—¿Y qué te dijo?

—'Que Dios te bendiga, hija'

—Sí, es una profesión muy arriesgada. Por suerte Dios te bendijo y me conociste...

—Creo que no entendiste...

—Ah, no me interesan tus experiencias religiosas.

—Bueno, voy a seguir durmiendo que mañana tengo que madrugar.

—¿Y me vas a dejar así? Sabés que el insomnio me da ganas de suicidarme. ¿Te gustaría cargar con la culpa?

—Es más liviana que cargar con el féretro...

—Estás muy ortiva, ¿lo sabías? Yo no te trato así cuando me llamás.

—Si nunca te llamo, ya me curé del Síndrome de Estocolmo.

—Encima hacés chistes que nadie entiende.

—Bueno, ¿qué querés que haga?

—Chistes más normales.

—¿Qué querés que haga para que te duermas, soquete?

—Noni noni, como cuando vivíamos juntos. ¿Te acordás cómo me hacías dormir?

—Ok, pero que sea la última vez, para la próxima conseguíte unas pastillas, una película argentina, un libro de Cohelo, lo que sea...

—Listo, ya tengo el pijama puesto.

—¿El de Mafalda?

—Nena, tengo treinta años, ahora uso uno de Robotech. Dále...

—Bueno, ahí va... Hoy me levanté tipo a las siete y estuve como media hora dando vueltas en la cama, después me pegué un baño, desayuné, limpie un poco la casa y me fui a pagar unos impuestos. No sabés la cola que había, increíble. Estuve hasta el mediodía y desde ahí me fui al Walmart de la avenida a comprar la comida de toda la semana. ¿Viste?, bajó el precio del tomate, pero aumentó el de la mayonesa, porque claro, en esta época se consume más mayonesa que salsa... ¿Hola? ¿te dormiste?

—...

.Gente.sola.hablando.despacio.

Me siento muy solo, desesperadamente solo. Siempre me persiguió esta extraña sensación de soledad, aún estando con ella. Con ellos. Y con aquellos. Pero ahora, tras la patada en mi pecho que me expulsó del edificio de la tranquilidad, aquella añeja sensación logró alcanzarme y me envolvió como una bolsa devora un cadáver. Parezco un amputado cada vez que despierto, siento que me arrancaron algo, y encima que me despedazaron con una tenaza oxidada lo hicieron sin anestesiarme. El techo baja aplastante con todo su peso monstruoso y me asfixia, y me desespera, y lagrimeo... Dura apenas unos segundos, pero es la sensación más tormentosa que experimenté desde que te conozco. Por eso cada vez duermo menos. Me da pánico acostarme por el sólo hecho de que mañana tendré que despertar y sentir nuevamente la almohada llena de clavos. Las sábanas, las frazadas, el colchón, todo pesa como el cemento y me quiebra la respiración. Y así me recibe la realidad. La realidad dice que no hay nadie a mí alrededor. Es más, ni siquiera tengo alrededor; no hay nada, sólo un vacío mental, y por más que dé un paso adelante, al costado o adonde sea, todo lo que piso parece un terreno abandonado, una casa nunca habitada, un continente sin conquistar. Soy Adán sin paraíso, sin Eva, sin Dios. Un fantasma sin nadie a quien asustar. Así salgo a la calle o me quedo en casa, es lo mismo. Estoy solo por más que el paisaje cambie tras cada pestaneo. Trato de hablar con alguien, pero hay un abismo tan avasallante entre nosotros que prefiero callarme la boca y dejarme caer. En la caída es cuando más te necesito. Cuando más te extraño. Cuando más te odio. Me gustaría que estuvieras cayendo aquí conmigo y que reventaras contra el suelo de espejos. Así sentirías lo que es algo de dolor. Aflicción. Incomprensión. Lo que me viola cada vez que apago la luz y escapo de tus recuerdos. A veces sueño que en el cielo hay un océano sostenido por cuatro muros de cartón. Hay tanta fragilidad en el aire que no nos queda otra que estallar.

VI

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cuándo vas a venir corriendo a mis pies y me vas a decir que soy el hombre de tu vida y me vas a suplicar perdón por todo lo que me hiciste y me vas a pedir que nos cacemos de nuevo, y que adoptemos tres hijos africanos y un gato siamés?

—Nunca.

—Bueno, corriendo fue un decir, podés venir en colectivo, no hay drama.

—Nunca.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que la mierda huele a mierda.

—¿No te sentís rara?

—¿Rara cómo?

—Cómo que te estás enamorando de mí otra vez, como que me extrañas, como que no podés vivir sin mí...

—Eso sería como estar en un coma vegetativo, pero no, me siento bien por suerte.

—¿No te late el corazón?

—Como a todos.

—¿No sentís que me amás?

—Por suerte tomo antihemorroidal.

—A ver... cerrá los ojos y poné la mente en blanco, bah, dejála como la tenés siempre... decíme, ¿cuál es la primer imagen que se te cruza por esa cabecita de pajarito suicidado?

—La de Nacho desnudo.

—¿Quién es Nacho?

—Un amigo hondureño que conocí en la ferretería.

—Bueno, ¿después de Nacho a quién te imaginás?

—A Rolo.

—¿A quién?

—A Rolo, el hermano de Nacho.

—¿Y después?

—Al ferretero.

—Siempre me dejás para lo último.

—Te digo que hay mucha gente en la fila pero a vos ni te veo.

—Bah, esto no funciona.

—¿El qué?

—El trabajo.

—Guau, aprendiste una nueva palabra.

—¿De enserio que no sentís ganas de venir a mis brazos?

—¿Quién habla, Nacho?

—No, yo.

—Ah, entonces no.

—Otra vez fui víctima de la estafa; primero conocerte a vos, y ahora esto.

—Hay mucho trabajo en este país, no te preocupes, algo vas a conseguir.

—Si conocés a algún brujo baratito pasáme el teléfono.

—¿Brujo, de qué estás hablando?

—Te hice una brujería.

—¿Eh?

—Sí, retorno de pareja decía el afiche, pero ni ahí.

—¿Cuándo?

—Hace quince minutos. Pero parece que esto no funciona.

—Estás loco...

—Sí, claro. Ciento cincuenta pesos me costó. Si los gastaba invitándote a cenar soy un romántico, pero si los gasto para que vuelvas soy un demente, ¿quién te entiende? Esto es amor.

—Es la peor asquerosidad que hiciste en tu vida.

—¿Incluyendo haberte besado?

—¿De dónde sacaste la plata?

—De tu marido.

—¿Eh?

—Ay, nena, por si no lo sabías, tu marido te engaña con los trabas de Palermo. Yo lo pesqué in fraganti y le dije que me diera quinientos pesos o te lo contaba todo a vos.

—¡Y me lo estás contando!
—Porque me dio trescientos nada más.
—Dijiste que te salió ciento cincuenta.
—Al final sos una egoísta, querés todo para vos. Yo también tengo mis gastos, los trabas no trabajan gratis, tienen más dignidad que vos.
—...
—Te quedaste callada. ¿En qué estás?
—Pensando en lo hijo de puta, sorete y tráfuga que sos.
—Bueno, al fin. El brujo me dijo que con el amarre lo primero que ibas a hacer era pensar en mí. Después de eso vas a sentir la necesidad de verme y el impulso va a poder más que la represión. Así que si estás viniendo para casa pasá por un almacén y traé papel higiénico que ya no tengo... Ah, y bañáte. Chauchi, te amo...

.Protége.Moi.

Te veo entrar. Espléndida. Un vestido rojo penetra la oscuridad. Caminas segura y con la frente en alto directamente hacia mis alas ocultas. Bebo mi trago al ritmo de tus pasos. La canción es la preferida de siempre. Como si el tiempo nunca se hubiera derretido puedo oler lo que vas a decir luego de sentarte, de mirarme a los ojos y de no entender lo que es sobrevivir. La llama que me mantiene encendido se apagó con tu presencia. Aquí muero o revivo eternamente. Depende de mí. Besas mi mejilla y percibo el aroma de tu desolación. Necesito despegar, no entiendo qué hago acá. Apuro el trago tan costoso para mi bolsillo proletario y te miro, y no encuentro nada. Entristezco. Tu desconocida voz me dice algo que nunca olvidaré, pues serán las últimas palabras antes de enviudar. *Te quiero mucho*. Entre nuestras miradas, en tus ojos o en lo míos, hay un cementerio de distancia. Sí, yo también me quiero, y más que vos, te digo antes de acabar el trago y de volver hacia mis nubes. Los ángeles caídos siempre caemos de pie.

VII

—Hola, nena, ¿qué hacías?
—Nada, estaba---
—Ah, no me importa, si fuera interesante ya me hubiera enterado. En fin, te llamaba porque estuve pensando mucho, haciendo introspección, como se suele decir, y me di cuenta que sí, que quizás tengas razón...
—¿De qué?
—Dále... de lo que me dijiste, de que soy un tipo irresponsable y algo vagoito.
—Eso fue hace cuatro años.
—Vos siempre metiendo al pasado en el medio, así nunca vas a progresar.
—Bueno...
—Bueno... eso, ¿qué te parece?
—¿Lo qué?

—Lo que te dije. Que casi te di la razón, es lo más cercano que vas a estar de tenerla, ponéte las pilas. Este es un paso importante para que nuestra relación no se marchite así como se añejan las manos con el paso del tiempo, que no es otra cosa que la materialización del amor...

—Tranquilo que no se puede marchitar lo que ya está muerto.

—Cuánta poesía, me das arcadas.

—Estuve leyendo mucha Cosmopolitan.

—Deberías dedicarte a la alta literatura, no sé, dedicarte a algo, para no desperdiciar tu vida como lo venís haciendo.

—Bueno...

—En fin... ¿Volvemos?

—¿Adónde?

—A vivir juntos y todo ese blabla... Aunque esta vez te prometo que va a ser distinto, no te preocupes, yo me encargo de hacer los mates y de sacar las bolsas de basura. Vos te encargás de limpiar el baño, pero eso sí, cambiamos la lavandina que tanto te arrugaba las manitos y usás un chorro de ácido, dicen que queda tan limpio que hasta se puede usar el inodoro de mesada.

—A ver, nene... ¿Cambiarías el lechón por una porción de pizza fría y sin muzzarella?

—Tu esposo está un poco excedido de peso, pero tampoco le digas así...

—¿Cambiarías?

—Si la pizza tiene sal y ningún hongo a la vista, por supuesto que sí.

—Bueno, yo no.

—¿Entonces qué hago con la grande de muzza que estoy cocinando para los dos? Ves que nunca me reconocés un esfuerzo, así no va.

—Metétela en el culo.

—Qué modales.

—Tuve un buen profesor.

—Y de seguro que te lo volteaste.

—Si lo que hacíamos nosotros era voltearnos, te digo que prefiero seguir de pie y descalza sobre un piso de vidrios rotos.

—Hablando de eso, estuve pensando en anotarme en la Universidad, claro que antes tendría que terminar el secundario. ¿Qué te parece? ¿Volvemos ahora?

—¿Cómo terminar el secundario? ¿Adónde fuiste durante tres años desde las siete a las diez de la noche?

—A la escuela, pero nunca entré.

—Me mentiste.

—Y claro, mi amor, sino cuál es la gracia de tener esposa.

—¿Y qué vas a estudiar?

—El secundario

—¿Qué carrera universitaria?

—Psicología.

—Jaja.

—Ya sé que es una ciencia bastante compleja para tu limitado conocimiento, pero de ahí a reírte así no da. No escondas tu ignorancia, hacéte amiga de ella. Deberías psicoanalizarte para indagar sobre la cuestión del autodesprecio que tenés hacia tu inteligencia...

—Es tan surrealista lo que dijiste que no hay chiste que lo iguale.

—Nena, por si no lo sabías, estoy llendo al psicólogo.

—¿Y entrás?

—Me parece que ya somos adultos y no tengo que darle explicaciones a mi ex esposa, crecí un poco...

—Bueno... ¿Y hacia qué tipo de escuela Psicológica te orientarías; el conductismo, el funcionalismo, el psicoanálisis, la Gestalt?

—No sé, a la UBA, después veo... Vos siempre metiendo al futuro en el medio, así nunca vas a poder disfrutar del presente. ¿Vamos a un telo?

—Es que ya estoy ahí.

—¿Y por qué no me avisaste? Estoy llegando tarde.

—Porque quería pasarla bien.

—Cuando quieras pasarla excelentemente avisáme...

—Bueno...

—En fin, ¿con quién estás?

—Con Lucre, una amiga lesbiana que me está introduciendo en los placeres de la homosexualidad femenina.

—Me encantan los tríos. Dáme la dirección que voy para allá.

—Anotá... Brandsen 2570.

—¿Con B larga?

—Sí.

—Listo, me lavo el pajarito y salgo para allá. ¿Llevo algo?

—Un pijama.

—Joya, empiecen a calentarse que hoy no tengo ganas de jueguitos previos.

—Bueno, nos vemos, tonto.

—Chau, estúpida, y no sé de qué te reís.

—Besitos.

—Guardálos que mi enano los va a necesitar porque anda medio pachucho.

—...

.Quien.no.piensa.es.feliz.Quien.no.siente,millonario.

Seguro que el otro es un Príncipe Azul al lado de lo que fui yo. Tarea no muy complicada. Un tipo elegante, seductor, aristócrata. Porque si uno cambia de mascota no cambia una rata por un ratón, y más todavía las mujeres, a quienes les llueven las ofertas de perros que están dispuestos a dejarse colocar la correa sin chistar. Por eso el perro que ella elija va a ser el mejor perro de la cuadra. Uno que no le ladre en absoluto, que huela lo bastante bien como para acariciarlo y que no sea demasiado callejero. Uno de exposición. Oh, qué feo se siente. Sé que no debería pensar en esto, pero no puedo dejar de imaginarla ir de la mano del otro bastardo. Sonriendo, ambos. Contenta por haber tomado la mejor decisión de su vida. Contenta por haber descubierto que existían los tipos educados, caballeros, graciosos, y lamentándose por no haberme pegado una buena patada en el culo mucho tiempo antes. Eso con suerte, de esas migajas me tengo que alimentar en el caso de que haya recuerdos, quizá ni eso. Es que las mujeres son tan raras; se enamoran, se emboban, se encajetan y no existe ni existió nada antes del nuevo juguete. Encima ella era, uh... tan así. Qué mierda. Estoy viendo como el tipo le sonríe todo sus malos chistes luciendo esa dentadura de nieve y encima en el cachete izquierdo se le hace un simpático hoyuelo y ¡chan!, el clásico insert de la estrellita brillante. Y ella mirándolo con sus ojotes de huevo duro sin pestañear para

no perderse ni un micro segundo de semejante obra de arte. Caminando los dos, de la manito, ella no sé cómo hace pero lleva un helado, un osito de peluche, un ramo de rosas rojas, una carta de amor, una botella de champaña, una caja de bombones, una caja de ravioles o lo que mierda sea, y sonríe, y es feliz y no puede creer estar protagonizando una telenovela venezolana. Su galán le abre la puerta y la invita a subir al auto lleno de pétalos que esperan por ella. No sé qué auto es, pero es el mejor auto que te puedas imaginar, es un super auto, como el dueño. Tampoco sé que ropa usa, pero luce bien. Ni puta idea de las palabras que utiliza, pero dice las correctas y necesarias. Mierda, hasta yo me enamoro de uno de estos, qué hijo de puta, no tienen compasión. Y sí, ahora sucede lo inevitable. Estacionó en la puerta de la casa de ella, y cuando se van a despedir, la agarra fraternalmente de la nunca y la atrae hacia su fábrica de eucaliptos. Un beso corto y profundo. De fondo podría sonar Kevin Johansen con su famosa canción. Luego la suelta y otra vez le sonríe el muy cabrón. Ella está en las nubes, sentada encima de una y utilizándola de algodón para que no empiece a llover. Él le dice algo como que no la va apurar, ni a presionar, de que la entiende y de que pueden empezar despacio, de que bla, bla, bla, y en la próxima escena están matándose en un telo. Qué mierda, me tapo los ojos, pero escucho. Escucho que ella grita como nunca la había escuchado yo gritar. Hasta me parece que le dice; ¡al fin, un macho! Y sigue gritando, puteando, gimiendo, y ¡mi amor! El otro no escucho que diga nada, aunque tal vez use la palabra princesa, hermosa o ¡tomá puta!, da igual, con cualquiera queda bien. Porque él es perfecto, sino ella, que en su espejo sólo encuentra perfección, no lo hubiera elegido, ¿no? Así es, así es él; perfecto. Perfecto y bondadoso. Aunque al lado mío hasta Hitler es perfecto y bondadoso. Ah, lo que faltaba, ahora resulta que luego de acabar también la llama princesa. Y le dice que quiere tener muchos hijitos con ella, porque le encantan los niños. Quiere tener muchos niños y niñas vestidos de blanco correteando por el jardín. Seis, siete u ocho, no importa, el dinero y la paciencia, además del amor fraternal, le alcanza y le sobra. Para demostrar sus cualidades saca el recibo de sueldo bañado en oro y ya está, sonamos. Eso que él gana en un mes, yo no lo sumo ni en un año, ¿qué digo en un año? ¡En diez! A todo esto me entero que el tipo calza mejor que yo. Huele mejor que yo. Finge mejor que yo. Además escribe, habla, escucha, guitarrea, sonríe, canta, fantasea, vende, compra, divierte, trabaja, aguanta, estudia, besa, filosofa, ahorra, cocina, lava, viste, piropea, actúa, recita, camina, acaricia, y satisface mejor que yo. Pero, ¿sabrá amarte como lo hice yo? ¿Llevará hasta el límite de la cordura su corazón y lo quebrará por tanto amor?... Ya sé, a quién le importa esto teniendo todo lo otro.

VIII

- Epa, forra, fui a Brandsen 2570 y no había ningún telo. Era un loquero.
- Eso fue hace tres meses, mi amor.
- Y bueno, no había teléfono allá.
- No me digas que te internaron.

—Me quedé a voluntad cuando vi que les daban pastillitas gratis. No sabés el esfuerzo que hay que hacer en este barrio para conseguir una pasta. Allá es otra cosa, es otro mundo.

—¿Hiciste muchos amiguitos?

—Más bien llamémoslos clientes. Buena gente, buena comida, buenos delirios, en fin, buena vida...

—¿Y si estabas tan a gusto por qué no te quedaste una temporada más?

—Por que me echaron.

—¿Se dieron cuenta que no tenías solución?

—No, se enteraron que me afanaba las pastillas y que se las vendía a los internados. Los forros de los enfermeros no me quisieron aceptar una coima, porque claro, quieren toda la torta para ellos.

—Bueno...

—En fin, nada más te llamaba para decirte que no me gustó lo que me hiciste.

—Y a mí no me gusta compartir el mismo aire con vos, y lo tengo que soportar.

—Bueno, eso fue muy feo, yo nunca te falté el respeto, porque no lo tenés, pero aunque lo tuvieras no lo haría... En fin, si querés que las cosas sean así me parece que ya es hora de que cortemos todo contacto.

—Es lo que vengo diciendo desde que te conocí.

—Así que no me llamés más.

—No pensaba hacerlo.

—Y cuando tengas abstinencia sexual tampoco, no soy un objeto.

—No te preocupes que antes de llamarte a vos prefiero consolarme con un fósforo.

—Sabías algo, nunca fuiste buena para las metáforas.

—Y vos nunca fuiste bueno para nada y no lo ando revelando a los cuatro vientos.

—Desde ahora en más viví tu vida nena, dejá de perseguirme, enfrentá al mundo sin mí...

—Y no te imaginás lo bien que lo hago.

—No te creas, no eras tan buena en la cama, hubo veces que hasta tuve que fingir.

—Fingir que eras hombre.

—Dáale, seguí atacándome, así nunca te vas a poder desprender de mí. ¿Qué tenés que hacer este finde?

—Qué te importa.

—Te pido un poco de consideración, respondéme y no te jodo más.

—Bueno... Tengo que ir a un Congreso Internacional sobre el papel de la Sociología en el Siglo XXI.

—Ah, boludeces. Prepará el bolso que el viernes a las diez nos encontramos en Constitución y vamos a pasar unos días a Mardel. Ya reservé la pensión y ya tengo los pasajes.

—¿Y los cargaste a mi tarjeta?

—¿Qué te pensás que soy, un vividor? No, estuve trabajando y ahorré unas monedas.

—¿Trabajando de...?

—Me parece que no escuchaste... Vendiendo medicamentos a la gente que los necesita. No todos somos materialistas y apáticos como vos, no todos vivimos rodeados de una vida frívola y sin valores humanos, algunos sentimos bien dentro la cuestión social del país.

—Bueno... ¿por qué no vas con tu esposa?

—Porque me divorcié.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero no te hagás ilusiones que el sábado me caso de vuelta.

—¿Con quién?
 —Con la hermana.
 —Mi hermana sólo tiene una hermana, y esa vendría a ser soy yo...
 —¿No ves que estás muerta conmigo? Ay, se te nota. Pero lo siento, con la hermana de mi dealer es con quien me voy a casar.
 —Me rompés el corazón, no sabés.
 —Era lo único que te quedaba sano. Bueno, ¿nos vemos en Mardel?
 —Dijiste en Constitución.
 —Ah, sos cómoda encima...
 —Bueno, basta. Casáte y dejá de romperme las pelotas. Eso sí, tratá de hacer feliz a tu mujer, no la humilles, no le pegues, no la putees, no le digas la verdad sobre su físico, ni sobre como cocina ni sobre como coje. No la atosigues con tu Teoría del Caos y, por sobre todas las cosas, laváte las patas de vez en cuando. En fin, no repitas lo que hiciste conmigo.
 —O sea, no se puede hacer nada; es como ir jugar al fútbol sin pelota de fútbol. Gracias, me quitaste las ganas de casarme.
 —...
 —De todos modos ya había hecho todo eso y no fue tan divertido como con vos. Te extraño. ¿Nos vemos? Tengo tres nuevos capítulos para mostrarte sobre mi Teoría del Caos... ¿Qué pasa, estás llorando? No seas maricona...
 —Flaco...
 —Epa, ¿quién habla?
 —Dejá de romperle las pelotas a mi mujer porque te voy a bajar todos los dientes.
 —Bah, eso no es tan difícil. Difícil es escalar el Himalaya en tanga.
 —Te vamos a encajar una denuncia por acoso, ¿querés?
 —Bueno, si te ponés así no me queda otra que cortar, ¿no?
 —Sí.
 —Pero antes, ¿no te gustaría escuchar mi Teoría del Caos? Tiene sólo 49 capítulos... ¿hola? ¿Hola?

Culpable.Y.es.la.última.vez.que.lo.digo.

Soy yo el culpable de que todo haya salido mal, y te lo dije, miles de veces, ¿pero sirvió de algo? ¿Me creíste aunque sea? No, porque ni siquiera me miraste a los ojos, revolver el café se tornó más importante que mi presencia. Igual no hacía falta que me miraras a los ojos porque no te hablé con los ojos, te hablé con el alma. Podrían arrancarme los ojos con una pinza ardiendo que mis palabras seguirían sonando igual de sinceras. Con el alma te pedí perdón por haber sido una basura durante todo este tiempo. Por no haberte prestado más atención, por no haber hecho el esfuerzo de comprenderte como verdaderamente te lo merecés. Por no decir presente cuando tomabas lista... Bueno, si no vas a prestarme atención y vas a seguir revolviendo el café, por lo menos podrías convidarme uno. En conmemoración de nuestro muerto amor, ¿no te parece?

—Hola, nena, ¿cómo va? No sabés la pesadilla que acabo de tener, me desperté todo transpirado, agitado, con mucho miedo.

—¿No te dijo mi marido que dejaras de llamarme?

—Mmm, no. Dijo que dejara de romperte las pelotas, pero de llamarte no dijo nada. Si hubiese sido así yo hubiera acatado, sabés que no me gusta interrumpir en los asuntos de la gente.

—¿Te diste cuenta de algo?

—Puf, de tantas cosas.

—Siempre que me llamás, lo hacés a las 3 de la mañana.

—Es que a esa hora se despierta mi lado más romántico. Y no jodas, a veces te llamo a las 5 de la tarde.

—Pero a esa hora no tengo nada que hacer, a las 3 sí.

—¿Qué?

—Dormir.

—Pasamos más de la mitad de nuestras vidas durmiendo, ¿no te alcanza? 8 horas trabajando, 8 horas durmiendo, 2 horas viajando, 2 horas comiendo, ¿cuándo disfrutás?

—Cuando no me llamás.

—Sabía que ibas a decir eso, se nota que estás perdiendo la originalidad. Viste cómo es la vida; primero se te caen las tetas, luego el culo y al final la originalidad. Por eso después no te queda otra que dormir.

—Bueno, nene, ¿no probaste el consejo que te di para evitar llamarme?

—¿Cuál?

—Tenías que hacer una lista con todas las cosas malas que yo tengo, todas las cosas malas que te hice, y todas las cosas malas que te dije, entonces cada vez que te agarraban ganas de llamarme, tenías que leer esa lista para que se te fueran las ganas de marcar mi número.

—Sí, la hice. Pero me quedó un libro más grande que la guía telefónica, ni en pedo me pongo a leer todo eso, es más fácil llamarte. Además ya sabés que la literatura no es lo mío.

—Ok...

—En fin... ¿para qué me llamaste, nena?

—Para comprobar si ya te habías suicidado, o sí habías perecido aunque sea de manera natural, pero como siempre, me terminás decepcionando.

—No te preocupes que tengo una salud de hierro.

—Bueno, nene, dále que me quiero ir a dormir, ¿para qué me llamaste?

—No me acuerdo.

—Lee más arriba.

—Ah, sí, eso... Mi pesadilla. Tuve una pesadilla horrible, de esas que cuando te despertás no sabés adónde estás parado y tardás un buen rato en reaccionar mientras sentís que te hundís en el pozo de la desesperanza y la depresión.

—¿Otra vez soñaste que votabas a Menem?

—No, algo peor... Soñé que me despertaba y te encontraba empacando unas maletas y entonces yo te preguntaba; *¿nos vamos de vacaciones?* Vos ni me contestabas, fría, distante, y empezabas a rociarme todo el contenido de una botella de alcohol fino y amagabas a tirarme un fósforo encendido. Lo raro era que en el sueño te veías demasiado linda, por eso dudaba si en verdad eras vos, en fin... Me decías que te ibas con otro, y yo te preguntaba; *¿tenés otro aparte del otro?* Vos me respondías que sí,

que hacía más de dos años. Y ahí nomás caía el otro, que no era el otro que yo conocía, y te besaba, y te abrazaba y yo les decía que se pusieran cómodos y les prestaba la cama y ustedes se ponían a garchar. De mientras yo me arrodillaba y le rezaba al otro que no te llevara, que vos eras mi amor, que si quería te podía coger cuanto quisiera, pero que no te llevara, por favor. Cuando ustedes terminan de garchar, yo les preparo el desayuno y se los llevo a la cama. Ustedes, con mala onda, me tiran el café en la cara, diciendo que estaba frío... ¡Y era mentira, estaba caliente!... Ahí nomás me desperté y le agradecí al Gauchito Gil que todo había sido un sueño, un mal sueño que no se lo recomiendo ni a mi peor enemigo, bueno, salvo a vos...

—Ajá...

—Por eso te llamé, dicen que para que una pesadilla no se vuelva realidad tenemos que contársela a alguien.

—Pero eso fue real, mi amorcito...

—¿Segura?

—La única diferencia es que en la taza no había café sino té, y sabés que a mí el té no me gusta porque me seca.

—Ah, bueno, entonces fue al pedo esta llamada.

—Pero sólo esta, no te me bajonees.

—Me parece que me estás delirando, sabés qué...

—¿Qué?

—Te amo.

—¿De enserio?

—Casi tanto como a mí.

—¿Y harías cualquier cosa por mi amor?

—Sí.

—Bueno, cortá el teléfono, después cortá el cable del teléfono y después cortáte el cuello, ¿sí?

—Estoy enamorado pero tampoco entregado... ¿Hola? ¿Hola?... ¿Se te cayó el tubo?...

~~-Nunca soportarás tanto amor-~~

Por vos me trago el océano Pacífico de un solo sorbo. Me fumo la selva amazónica de una pitada. Pinto el cielo de negro, la tierra de celeste y el agua de rojo. Me esnifo la luna. Bajo una estrella y le quito el brillo con la lengua. Por vos me inyecto el Riachuelo en las venas y hago chocolatada con los desechos fabriles. Incendio el mar e inundo el desierto. Por vos uso el obelisco de consolador. Por vos decapito a Dios y me autoproclamo emperador. Desciendo al infierno y lo apago a escupitajos. Por vos derrito todo el oro de Vaticano y se lo doy de beber al Papa y a sus camaradas. Por vos resucito a Freud y le clavo un balazo en medio de su inconsciente. Escucho a Charly García y encima le presto atención. Leo a Borges y no me quedo dormido. Por vos me hago argentino, peronista y alabo a Maradona. Por vos voto a Macri y hago una orgía con Menem, Videla y Mariano Grondona. Por vos leo la Biblia y no me río. Leo la Constitución y les doy la razón. Me disfrazo de policía y marchó en contra del narcotráfico. Por vos juego a la payana con cinco granadas. Por vos destruyo el mundo a mazazos. Por vos doy la vida de

los demás. Por vos, mi amor, todo. Excepto cambiar un centímetro de mi ser por un metro del tuyo.

X

—Sí, nena, soy yo, siempre soy yo, ok, tenés razón, para qué dar tantas vueltas. Es verdad, todas tus palabras son ciertas y perfectas. Soy yo y nada más que yo. El mundo y su lado patético giran en torno a mi ego. Su lado bonito y armonioso es a causa tuya. Claro, tus pedos huelen a flores. Yo soy el histérico, el malhumorado, el apático, el iracundo, sí, soy todo. Soy el depresivo, el autodestructivo, el violento, el malvado, el hipócrita, el odioso, el perverso, el insaciable, el que nunca tiene ganas, el inconcluso, el que sólo piensa en sexo, el que no sabe lo que es el amor. Sí, como no. Soy el que nunca te escucha, el que no te entiende, el que no se pone en tu lugar, el que te habla por hablar, el orgulloso, el que no te dice nada, el que calla, el que otorga. Sí, ahora me doy cuenta, soy el que nunca te hace regalos, el mal agradecido, el miserable, el que pide de todo, el que no sabe pedir nada. Soy yo el obsesivo, soy yo el que tendría que estar medicado, soy yo quien debería ir al psicólogo... ¿viste, viste cómo son las cosas? Soy la maldición de tu vida pero vos fuiste la que estuvo tanto tiempo a mi lado, ¿y por qué será? ¿Eh? ¿Por cómo soy?... Decíme...

—Dice mi mamá que no está...

—...

.Patología.del.engaño.Extracto.VI.

¿Y qué decir del amor? El más grande, asqueroso y falaz invento de la Humanidad, que nos lo quieren meter como el principal sentimiento natural del Hombre. Qué manga de mentirosos. Es probable que el amor sea la fuerza que mueve al mundo, tal como dicen, sin embargo, nadie está seguro que lo mueva en la dirección correcta. El amor es una mentira, no funcionó Dios como el policía número uno y por eso inventaron esto, ¿y luego qué inventarán cuando se descubra la verdad? El amor es peligroso, es un disparo que puede salir por la culata y estropear toda tu cara, además de matarte, claro está. El amor es miedo. Miedo a uno mismo. Y a pesar de todo, es necesario que exista para que el mundo no sea aún más caótico de lo que es hoy en día. La primordial función del amor es ser una barrera, una línea que marca el límite y nos mantiene de este lado, del lado del bien, de lo bello, separándonos y evitando el otro, donde no hay más que odio, caos, y locura, sobretodo locura. Sí, el amor es un calmante, que a algunos los tiene sedados y reprimidos durante toda una vida, que a otros les dura muy poco el efecto y que a unos ni siquiera les da resultado. Y son tristes y dolorosas las tres opciones, aunque la primera parezca la menos inofensiva, motivo por el que la mayoría escoge esa. Hay que saber que nadie está a salvo de las garras del desamor. En algún momento de nuestras vidas, esa barrera se levantará, invitándonos a caminar hacia el otro lado, y así iremos, heridos, creyendo que la cura se encontrará allí. Al final, la mayoría retornará, tarde o temprano, a la senda correcta. Estos son aquellos que

nunca se han dejado influenciar por el verdadero amor, sino que lo han creído, en vez de sentido. Una pequeña minoría, quizá la más perceptiva, quedará esclavizada en la oscura fosa, con una bomba de tiempo clavada donde antes lo estaba el corazón. Serán los más peligrosos y los enemigos acérrimos del amor una vez que descubran la gran falacia escondida tras el negocio. Se moverán por la ira, el rencor, la venganza, cenizas que desean volverse llamaradas para sembrar el pánico ante los dormidos. Y está bien que así sea, porque para que funcione el amor, necesitan de nuestro odio.

XI

—Epa, nena, cambiaste el número de celular y no me avisaste.
—¿Quién habla?
—Osvaldo Laport.
—Ah, preferiría que fuera mi ex esposo.
—Jeje, soy yo.
—Mi otro ex esposo.
—¿No me digas que te separaste del gordo?
—No le digas así.
—Bueno... No me digas que te separaste del señor Barriga.
—Hace tres meses.
—¿Y por qué no me dijiste nada? Podríamos haber ido a festejar. No le soy infiel a mi esposa, pero con una mujer más fea que ella puedo hacer una excepción.
—Porque hace como un año que no hablamos, además, qué carajo te tengo que andar contando a vos...
—Es verdad, si total no te iba a escuchar.
—¿Cómo conseguiste mi número?
—¿Qué número?
—El del celular nuevo.
—¿Te compraste un celular? Guau, vos sí que progresás, viste, tantos años en la facultad dieron sus frutos...
—Bueno, no me jodas que no estoy de humor... Estoy triste porque todavía no puedo superar haber perdido a la persona más especial de mi vida.
—Me perdiste hace cinco años, che, ya tendrías que estar recuperada. Además, así entre nosotros, te digo que si me buscás un poquito me encontrás, hasta te puedo dar una pista de donde estoy escondido.
—No estaba hablando de vos.
—Vos hablás de lo que yo quiera, ok?
—...
—¿Lo dejaste o te dejó?
—Lo dejé.
—¿Te enteraste lo de la gran bacanal?
—¿Eh?
—Ah, no, si él no te lo dijo yo no voy a abrir la boca, entre hombres hay códigos; decir que tu gordo estuvo en una mega orgía donde había travestis, enanos disfrazados de

gnomos, gnomos disfrazados de los All Blacks, abuelas secuestradas de un geriátrico, dos rotwailers y un cadáver es una cosa, buchonear es otra...

—¿Es una joda, no?

—No, yo estuve ahí. Bueno, che, eran mis épocas de sequía, de algún lado tenía que comer. Hay fotos en internet, después te paso el link... Yo soy el que sale vestido de colegiala...

—Igual no fue por eso...

—¿Pero te engañó?

—Sí. Encima con mi mejor amiga.

—Son todos iguales, qué le vamos a hacer.

—¡Vos también me engañaste, hijo de puta!

—Pero nunca te prometí fidelidad.

—Sí qué me prometiste.

—No, no, no...

—Sí. Dijiste que lo más importante para que una pareja funcione es la fidelidad.

—¿Ves? Ahí está tu problema, siempre buscás que la gente diga lo que querés escuchar... Yo nunca te prometí fidelidad, sino felicidad, pero tampoco vale porque cuando te lo dije tenía los dedos cruzados.

—Bueno, igual me engañaste, ya está.

—Pero no con tu mejor amiga.

—¡Pero sí con mi hermana!

—Pero no era como tu mejor amiga, porque la odiabas... además me separé enseguida, no sé por qué tenés que andar hurgando en mi vida privada.

—Sí, me importa tres carajos.

—Mirá el lado positivo por lo menos, con lo que me sacaste a mí con el divorcio y con lo que le habrás sacado al gordo, te salvaste de por vida.

—A vos no te saqué nada, muerto de hambre, si cuando no venías a mi casa dormías debajo de un puente.

—Ah, no sé, a mí una noche me cayó la policía y me echó a bastonazos, de seguro que los mandaste vos para quedarte con mi puente.

—Sí, sí... dále, ¿para qué llamaste?

—Para pedirte el nuevo número de tu celular.

—Ah, claro... y me pregunto, cómo hiciste para llamarme a mi nuevo número sino lo tenés...

—Ay, con vos no se puede ser sintético, hay que dibujarte las cositas para que entiendas. Resulta que tu número lo tenía anotado en un papelito, y estaba jugando a memorizármelo mientras me armaba un porro, la cuestión es que me armé el porro con ese papelito, y para no olvidarme el número tras la primer pitada te llamé y acá estoy... La onda es que estoy llamándote desde un teléfono de línea, y sé que los números quedan grabados, y sé que hay que apretar una tecla para volver a llamarte, pero no sé cuál esa tecla... además, aunque supiese, nunca voy a saber el número porque la tecla lo marca automáticamente y no te dice a qué número está marcando, o sea... me cansé, me voy a fumar un faso...

—Bueno, pero antes decíme cómo carajo conseguiste mi nuevo número.

—Andás con ganas de hablar hoy...

—Puf.

—¿Ayer por casualidad no estuviste en el café frente al jardín de infantes?

—Sí.

—Oh casualidad, yo también. En el momento en que fuiste al baño agarré tu cartera, saqué tu teléfono y anoté tu nuevo número en un papelito, creo que ya te conté esa parte.

—¿Me andás siguiendo?

—Siguiendo es una palabra muy fea. Digamos que te ando cuidando.

—Ah, claro, por eso ayer me faltaron cincuenta pesos de la billetera.

—Y, bue, yo también tenía que pagar mi café.

—Pero no sale cincuenta pesos.

—Me tomé dos. A parte tuve que comprar mi medicina, y qué te importa a vos, qué metida que sos, con razón te guampean tus maridos. ¿Te hiciste las tetas?

—¿Eh?

—No sé, ese vestido verde te hacía bien pechugoncita.

—Si tenía puesta una campera blanca, de qué hablás.

—Ah, con razón te vi hermosa, no eras vos. En fin, ¿me das el número? Apuráte que me estoy quedando sin pulsos.

—...

—Dále.

—...

—¿Qué hacés nena?

—...

—¡Qué chistosa! Así nunca vamos a poder ser amigos...

—...

—Dále que me quedo sin pul---

Cic---

- - -Retrocedo en el tiempo. Revuelvo en la bolsa de mis últimos tres mil días y todos y cada uno de los recuerdos se transforman en violentas navajas que penetran mis frágiles venas. Todos. Hasta tu fresca sonrisa blanca, tu mirada nunca malévola y aquellos enojos de seda se vuelven tristes como el envejecimiento, como un nacimiento, como la muerte misma. Este último retorno, a diferencia de los anteriores, me encuentra gateando en una senda de cebollas. Es otra noche de domingo, y agosto, otra vez me descubre una morbosa sorpresa.

Llegamos a la parada del colectivo. Ese que muchas veces nos unió hoy se convierte en tu raptor o en mi asesino. No nos decimos demasiadas palabras, ya están todas dichas. Antes de que te subas me despido con un simple, '*cuidáte*'. Te habrás dado cuenta que no pude mirarte a los ojos, comprendeme, eso me desarmaría al igual que un mazazo desarma una dentadura, o un corazón de cristal-

- -

XII

—Hola, nene...

—¿Quién habla?
 —Tu querida ex...
 —Ah.
 —¿Ya no te acordás de mí?
 —Ya no veo películas de fantasmas.
 —Siempre tan ocurrente vos.
 —Y, es todo un trabajo.
 —¿En qué andabas?
 —Ocupado. Ahora no puedo hablar, después te llamo.
 —Pero no tenés mi número.
 —No importa, lo invento. Chau.

Cic---atriz---

- - -Vuelvo por el mismo camino de siempre pero en esta ocasión es un pasillo que me conduce a la silla eléctrica. Guardo las frías manos en mis bolsillos y bajo la cabeza, no quisiera ir a buscarla al pavimento. Con cada paso que doy retrocedo en el tiempo involuntariamente, y por más que aminore o acelere mi marcha, no logro fugarme de la celda que envuelve a la tortura. Para colmo de patetismo el final de esta cinta me encuentra bajo un paisaje helado, grisáceo, semi lacrimoso. Tengo que morderme la lengua para no llorar. Clavo mis ojos cataratas en las mugrosas y pisoteadas baldosas y me veo reflejado. El polvoriento suelo me devuelve una radiografía marchita de lo que es mi vida en este momento. Mi patético presente. Así es como me veo hoy, ahora. Solitario, vulnerable, sensible como una pluma, sin monedas para algún instantáneo remedio, con el corazón seccionado y con una fábrica de gilletes adentro de mi pecho. *'Es la angustia'*, dijiste apenas una hora atrás. Sea lo que fuere, duele mucho, y cada segundo es un tornado. A cada segundo me comen la oreja de una mordida. Me arrancan el brazo con la motosierra. Me patean los huevos con un botín de clavos. Duele. Y me es inevitable gritar y maldecir mi existencia. Me resulta insoportable el futuro al verme recorrer el camino sin mi sombra de la mano- - -

XIII

—Hola, nene...
 —*En este momento no me encuentro en casa, pues como buen artista que soy, debo de andar por ahí creando la obra de arte que a Dios nunca le salió, si tenés algo relativamente importante que decir, dejá tu mensaje después de la señal...*
 —Dáale, tonto, dejá de hacerte el hombre-contestador automático, no te sale...
 —Piiiiiiiiii.
 —¡Qué pelotudo! ¿Me vas a atender?
 —Piiiiiiiiii.
 —¡Andáte a la mierda!

—Piíiiiiiii.

Cic---atriz---ando

- - -Me escondó bajo la oscuridad para que no se note que me han quitado algo, algo bello y angelical, quizá lo único bello y angelical que tenía entre mis dedos, cerca de mis labios, enfrente de mis ojos. Sigo caminando. No mires atrás. No mires atrás. Y no miro atrás. Me convengo pensando que todo lo que hoy duele mañana cicatriza y así las heridas lentamente se vuelven invisibles. Puede ser, y ojalá que así sea, pero hoy, ahora mismo, en este momento, mi cicatriz está al descubierto y los gusanos se están alimentando de ella. Necesito escribir esto, pavada o no, necesito hacerlo. Si no lo hago me arrepentiré por dejar el cadáver sobre la mesa. Cuando lo haga, lloraré y me retorceré del dolor, pero debo sepultarte para que nunca despiertes. Estas letras serán tu lápida, y cuanto más se hunda tu tumba más pequeña será mi cicatriz. Con el correr del tiempo iré leyendo este epígrafe, y cuando ya no sienta la patada en mis costillas querrá decir que no has resucitado. Querrá decir que ya no me dueles, pero hoy, mierda, hoy duele demasiado- - - (Y no se soporta)- - -

XIV

—Hola, nene...

—Ah, sos vos...

—Sí, te llamo porque no sé qué onda, me dijiste después te llamo después te llamo y nunca me llamaste, tengo que hablar con vos.

—Eso fue hace seis meses, nena, ubicáte en el contexto espacio-temporal.

—¿Qué?

—Nada. Bueno, después hablamos, te dejo porque estoy ocupado, te llamo.

—Mentira, no me vas a llamar ni ahí.

—Con ese pensamiento negativista nunca vas a conquistar el mundo.

—Es que no quiero conquistar el mundo...

—Bueno, de enserio, no puedo hablar ahora, estoy ocupadísimo, mandáme un mail de última.

—Dále, ¿ocupado en qué? ¿Plantando marijuana?

—Estoy laburando nena, por eso no puedo hablar.

—¿Laburando? ¿Vos?... No jodas...

—¿No escuchás el ruido que hay de fondo?

—¿Dónde estás?

—Trabajando te dije...

—Pero dónde, ¿en una oficina?

—Sí, algo así...

—¿De qué estás laburando, es algo legal?

—Lo más legal que hice en mi vida.

—¿Y qué es? Dále, forro, yo te cuento todo lo que hago.

—Nunca me contaste una mierda, qué decís...

—¿Ah, no? Y cuando te decía que estaba cojiendo, encima te daba el nombre y todo.

—Creí que estabas mintiendo.

—Y bue, siempre fuiste muy creyente, dále, decíme de qué estás laburando y no te rompo más las bolas, te lo juro.

—En una porno.

—¿Una promo de qué?

—En una película pornográfica.

—Dále, no jodas, si tan grande no la tenés, es más, ni siquiera sé porque dije tan...

—Soy asistente de iluminación.

—Ah, ya me parecía.

—¿Qué te parecía?

—Que era imposible que fueses actor porno, a lo sumo que haya un nuevo fetiche de penes en miniatura, cosa que dudo.

—Es la primera vez desde que te conozco que usás la palabra pene. ¿Te anda faltando sexo?

—Sí.

—Al fin te diste cuenta que los hombres con el tiempo solemos refinar nuestro buen gusto. ¿Qué más te anda faltando?

—Amor.

—¿Y qué más?

—Y vos.

—Te dije que soy casado.

—Me dijiste que te habías divorciado.

—Pero me volví a casar.

—¿Con quién?

—Con una actriz.

—¿Famosa?

—Depende.

—¿Sale en la tele?

—En bolas. Es la protagonista de la peli que estamos filmando; *¿Dónde estás anal de mi vida que no te puedo empomar?* Yo había sugerido que se llamara *Tanga Feroz*, pero me dijeron que ya hay una con ese nombre, entonces sugerí que se llamara; *PsicoANALízame la CONCHIencia*, al director le encantó la idea y me encargó que escribiera el guión. No tengo ni puta idea cómo se escribe un guión, y menos de una porno, pero es cuestión de recurrir a una trabajadora del sexo, porque es horrible decirles putas, y que me oriente en el tema de las fantasías perversas y todo esas cosas que vos padecés. Es más, podrías dedicarte a esto, mandáme un curriculum que se lo acerco al director. No te das una idea de la guita que levanta mi esposa por sólo abrirse de gambas, si te hubieses avivado antes creo que ahora tendrías un palacio bañado en oro antes que un título en Sociología, pensálo, estás a tiempo, ¿de cuánto das, de 40, 45? Sí, entrás en la sección maduritas, sin duda.

—¿Podemos vernos un día de estos?

—Mandáme el Curriculum por mail, es más rápido.

—Para hablar.

—No sé, tengo la agenda cargadísima, además mi esposa es muy celosa, y no quiero que se enoje.

—¿Desde cuándo pensás en tu esposa?

—Es una pregunta muy pelotuda la tuya, ¿sabías? Desde cuándo voy a pensar en mi esposa... desde que me casé, oye...

—Yo fui tu esposa y nunca pensaste en mí.
 —Pero no eras actriz porno, oye...
 —Pero fui tu amorcito.
 —Ya me curé de esa adicción gracias a Alcohólicos Anónimos, oye...
 —¿Podés dejar de decir, oye, oye, oye?!
 —Con ese carácter nunca vas a conseguir marido. Y si a eso le sumamos tu cara y tu constante cojera, uf...
 —Me parece que fue mala idea llamarte.
 —Desde que te conozco tenés malas ideas, pero no te preocupes que muchas malas ideas hacen una idea mediocre.
 —Y sabés qué... No quiero verte nunca más.
 —Don't worry. I will survive.
 —Así que acá se termina todo. Corto y no hay marcha atrás.
 —El día que te conocí se terminó todo... De onda, eh.
 —Mirá que corto, nene, si no decís nada que me interese no te dejo tiempo ni siquiera para el remate... ¿Hola?... ¿Hola?! ¡Hijo de una gran puta!... ¡Forro del orto mal parido!... ¡¿Y ustedes qué ven, manga de sorongos?! ¡Vayan a laburar!...

Todas.las.historias.tienen.un.final.feliz. Menos.la.tuya.

—Usted, señor H.H, ¿acepta a la señorita Teodófila María de los Campos Pamperos Azucena de la Flor Florecida como su fiel, única y legítima esposa y promete ante los ojos del Misericordioso Dios, cuidarla, respetarla y acompañarla tanto en la dicha como en la desgracia, tanto en la riqueza como en la pobreza, tanto en la salud como en la enfermedad, tanto en el triunfo como en la derrota, tanto en la ovulación como en la menstruación...?

—Dispénseme usted, señor Sabelotodo, pero tengo tres cositas que decirle. Primero en principal, no sé qué hago en una Iglesia, esto debe ser un sueño o en todo caso ustedes me endrogaron y me secuestraron. Segundo; ¿Tengo que prometer todo eso a cambio de fucky-fucky y de que me lave los calzones? Mmm, me parece que me están estafando, quiero hablar con el jefe. Y tercero y último, señor Representante de la Divinidad, señor Secretario de Dios, señor Vicepresidente del Mundo Mundial,... ¿dónde queda el baño?